

**Madre de Dios
y madre nuestra**

Madre de Dios y madre nuestra

**Carta pastoral sobre la misión de la Virgen María
en la espiritualidad y en la vida de la Iglesia**

MONS. JOSEP ÀNGEL SAIZ MENESES
Obispo de Terrassa

Adviento de 2008

Portada: Mare de Déu de la Salut de Sabadell,
patrona del obispado de Terrassa

Depósito Legal: B-51537-2008

Diseño e impresión: I. G. Santa Eulàlia, Santa Eulàlia de Ronçana

Índice

Introducción	9
Tres hitos del Magisterio de la Iglesia	
1. El Concilio Vaticano II <i>Lumen Gentium</i>	15
2. La Exhortación Apostólica <i>Marialis Cultus</i>	17
3. La Encíclica <i>Redemptoris Mater</i>	19
Tres aspectos del misterio de María	
4. Madre de Dios y madre nuestra	25
5. Luz del camino	29
6. María, asociada a la obra redentora	32
Tres actitudes para la vida cristiana	
7. Firmeza en la fe	39
8. Constancia en el amor y en el servicio	42
9. Casa y escuela de comunión	46
Exhortación final	51

A los presbíteros y diáconos, religiosos y religiosas, miembros de institutos seculares y fieles laicos y laicas de la diócesis de Terrassa

Introducción

El día 11 de mayo de 2008 quedará grabado para siempre en la memoria y en la vida de nuestra diócesis. Ese día, en el marco de una celebración inolvidable, la Virgen de la Salud fue proclamada patrona de la diócesis de Terrassa. Una celebración emotiva y vivida con profundidad que congregó al Pueblo de Dios: parroquias, movimientos, asociaciones y voluntariados; niños, jóvenes, adultos y ancianos; laicos, consagrados y sacerdotes.

¿Qué significa el patrocinio? Etimológicamente significa amparo, protección, auxilio, defensa. Para nosotros significa sobre todo confianza en la protección y en el auxilio de María. El libro de los Hechos de los Apóstoles narra como después de la Ascensión del Señor los discípulos perseveraban en la oración, con un espíritu unánime, acompañados de María, la madre de Jesús (cf. Hechos 1, 14). Ella, efectivamente, está presente al inicio de la peregrinación de la Iglesia en Pentecostés¹. El patrocinio refleja el hecho de que María está atenta a las necesidades de sus hijos y es lógico que tenga lugar una relación de reciprocidad por parte de ellos.

1. Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Mater*, nn. 25-37.

En nuestra diócesis la Virgen María es venerada en diversos santuarios: desde el Remei de Caldes o de Palautordera, y Puiggraciós en el Vallès Oriental hasta La Salut de Sabadell en el Vallès Occidental; desde la advocación de santa Maria de Égara en el siglo V hasta la iglesia de Nuestra Señora del Rosario, dedicada en Cerdanyola del Vallès a finales del siglo XX. Un número considerable de parroquias e iglesias de la diócesis están dedicadas a María. Para nosotros son entrañables las advocaciones a Nuestra Señora de Montserrat y a Nuestra Señora de la Merced. Otras advocaciones se han incorporado por medio de los diferentes movimientos migratorios del siglo pasado, desde Nuestra Señora del Pilar a la del Rocío, de la Fuensanta o la Antigua a la Virgen de Gracia, y recientemente también son veneradas las patronas de diversos países y continentes como consecuencia de las nuevas migraciones.

Esta carta pastoral quiere ofrecer elementos para el estudio y la meditación sobre la figura de María, su misión y su significado en la historia de la salvación y en la historia de la Iglesia. Esta reflexión nos tiene que ayudar a valorar su importancia en la vida cristiana y en la espiritualidad. Nos ha de ayudar a renovar nuestra formación, nuestra devoción, nuestro amor a María en este curso 2008-2009.

El contenido de la Carta es el siguiente: en primer lugar, recordaremos los tres hitos más importantes del Magisterio sobre la Virgen María en los últimos tiempos. Seguidamente desarrollaremos tres aspectos de la teología mariana tal y como están recogidos en el himno de la Virgen de la Salud: Madre de Dios y madre nuestra, estrella luminosa que nos guía en el camino de la vida y fuente de salvación para sus hijos. Finalmente, ofrecemos algunas exhortaciones para la vida cristiana siguiendo el ejemplo de María: firmeza en la fe, constancia en el amor y en el servicio y empeño para hacer de la diócesis y de nuestras comunidades una casa y escuela de comunión.

Os invito a leer y meditar esta carta pastoral en comunión con toda la Iglesia, en este año proclamado por el Papa Benedicto XVI

como el «Año de San Pablo», con motivo de la celebración del segundo milenio de su nacimiento. Os invito también a hacerlo en plena comunión con el Santo Padre y con toda la Iglesia, que en el pasado mes de octubre se ha reunido en asamblea sinodal para estudiar el tema de «La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia».

En este Sínodo, María ha sido presentada e invocada como el testimonio máximo de escucha de la Palabra de Dios. Ella acogió tan profundamente la Palabra de Dios que ésta se encarnó en su seno virginal, y nos dio a Jesucristo. María es, por ello, modelo de cómo hemos de escuchar y creer en la Palabra de Dios —que es sobre todo la Persona de Jesucristo— para encarnarla también nosotros en la vida concreta de cada día y para dar testimonio de ella.

Tres hitos del Magisterio de la Iglesia



Mare de Déu del Remei
de Caldes de Montbui

Tres hitos del Magisterio de la Iglesia

1. El Concilio Vaticano II. *Lumen Gentium*

El Concilio Vaticano II nos ofrece el documento doctrinal más importante sobre la Virgen María: el capítulo VIII de la constitución dogmática *Lumen Gentium*, titulado «La Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia». Su importancia radica en la síntesis doctrinal que ofrece y en el planteamiento de fondo, situando la figura de María dentro del misterio de Cristo y de la Iglesia.

Lumen Gentium VIII enlaza con la tradición patristica y pone de manifiesto la importancia de María en el conjunto de la fe y el lugar que ha de ocupar en la teología. La introducción presenta los objetivos²: ilustrar tanto la misión de la Virgen María en el misterio de Jesucristo y de su Iglesia, como los deberes de la Iglesia para con María.

Nos detenemos más ampliamente en el apartado segundo³, que lleva por título: La «Función de la Santísima Virgen en la economía de la salvación». Se presenta la unión progresiva y perfecta de María con Jesucristo a lo largo de la historia de la salvación. Viene a ser como una síntesis de los datos fundamentales que sobre ella nos ofrece la Sagrada Escritura.

2. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, n. 54.

3. *Ibid.* nn. 55-59.

El libro del Génesis ilumina la figura de María en la promesa de victoria sobre la serpiente que Dios hace a nuestros primeros padres (cf. Gen 3, 15). También María es la Virgen que concebirá y dará a luz un Hijo cuyo nombre será Emmanuel (Is 7, 14; Miq 5, 2-3; Mt 1, 22-23). En ella, por tanto, se cumplen las promesas de los profetas. Ella es la Hija de Sión, en la que se realiza la transición de Israel a la Iglesia.

En la Anunciación acepta el plan de Dios que el Ángel le presenta. Su aceptación precede a la Encarnación. Así María, hija de Adán, fue constituida Madre de Jesús, y se consagró totalmente a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la Redención con él y bajo él. En el texto hallamos dos subrayados: su santidad y su colaboración activa en la obra de la salvación.

La unión de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo (cf. Lc 1, 38) hasta su muerte: En primer término, cuando María se dirige a toda prisa a visitar a Isabel (cf. Lc 1, 41-45); en la Natividad, cuando la Madre de Dios, llena de alegría, muestra a los pastores y a los magos a su Hijo primogénito; cuando lo presenta en el Templo (cf. Lc 2, 34-35); cuando encuentra a Jesús que se ha quedado en el Templo, ocupado en las cosas de su Padre. La Madre conservaba en su corazón, meditándolas, todas estas cosas (cf. Lc 2, 41-51).

En la vida pública de Jesús, su Madre aparece durante las bodas de Caná de Galilea, y consigue por su intercesión el primer milagro (cf. Jn 2, 1-11). También avanza en la peregrinación de la fe y mantiene fielmente la unión con su Hijo hasta la Cruz, en donde permanece firme (cf. Jn 19, 25) asociándose con corazón maternal a su sacrificio, y, por fin, es dada como Madre al discípulo por el mismo Jesús con estas palabras: *Mujer, he ahí a tu hijo* (Jn 19, 26). Se subrayan aquí su colaboración en la obra de la redención y su maternidad espiritual.

Antes del día de Pentecostés persevera en oración con las mujeres y los Apóstoles (cf. Hechos 1, 14). Finalmente, terminada su

vida en la tierra, es asunta al cielo y enaltecida como Reina del Universo.

El tercer apartado⁴ se titula: «La Santísima Virgen y la Iglesia». Presenta la relación que vincula a María con la Iglesia y se desarrollan los temas de la misión de María en la obra de la redención y la santificación, de su maternidad espiritual y su función mediadora; de María como modelo para la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión con Cristo; de su ejemplaridad para la Iglesia.

La naturaleza y el fundamento del culto a María son desarrollados en el apartado cuarto⁵. El culto a María difiere esencialmente del culto de adoración que se rinde al Verbo Encarnado, igual que al Padre y al Espíritu Santo. Se exhorta a los fieles a cultivar sobre todo el culto litúrgico, y a las prácticas y ejercicios de piedad hacia ella, recomendados por el Magisterio.

El último apartado⁶ presenta a María como signo de esperanza cierta y consuelo del pueblo peregrino. El texto conciliar acaba exhortando a los fieles a que se dirijan en oración a María pidiendo que interceda ante su Hijo para que todos los hombres sean congregados en un solo Pueblo.

2. La Exhortación Apostólica *Marialis Cultus*

Esta exhortación apostólica del Santo Padre Pablo VI, fue publicada el 2 de febrero de 1974, diez años después del Concilio Vaticano II. Se trata de un documento que sigue la línea trazada por *Lumen Gentium* y que apunta a la interiorización del sentimiento religioso, a profundizar en los aspectos doctrinales, a fundamentar el culto a María con mayor solidez doctrinal, y a la vez concreta esa línea con indicaciones y normas. Insiste en el hecho de que la devo-

4. Cf. *LG*. nn. 60-65.

5. *Ibid.* nn. 66-67.

6. *Ibid.* nn. 68-69.

ción a María debe tener su origen y eficacia en Cristo; en Cristo encuentra su expresión más acabada y, por medio de Cristo conduce en el Espíritu al Padre⁷. La devoción a María tiene que enraizarse en los grandes temas de la historia de la salvación.

El Papa Pablo VI plantea el tema de la renovación del culto mariano⁸. Dicho culto ha tomado formas diversas que dependen de circunstancias de tiempo y lugar, o de diferentes sensibilidades y tradiciones culturales. Estas formas necesitan una renovación que permita sustituir los elementos caducos, revalorizar los perennes, y sobre todo incorporar los nuevos datos doctrinales que aporta la reflexión teológica y que propone el Magisterio de la Iglesia.

El Papa ofrece unos principios básicos en ese trabajo de renovación. En primer lugar⁹ los ejercicios de piedad a la Virgen María han de expresar con claridad la dimensión trinitaria y cristológica que les es intrínseca y esencial: El culto cristiano es por su naturaleza culto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo o, como se dice en la Liturgia, al Padre por Cristo en el Espíritu.

Esta perspectiva se extiende en primer lugar y de modo singular a la Madre del Señor y después a los Santos. En la Virgen María todo es referido a Cristo. En relación con Dios Padre, la eligió desde toda la eternidad como Madre toda santa y la adornó con los dones del Espíritu Santo. La genuina piedad cristiana siempre ha puesto de relieve el vínculo indisoluble y la esencial referencia de la Virgen a su Hijo Jesucristo.

En las expresiones de culto a la Virgen María es fundamental poner de relieve el aspecto cristológico. De esta forma será más sólida la piedad hacia la Madre de Jesús y a la vez esa piedad será un instrumento eficaz para llegar al pleno conocimiento de Cristo. Al subrayado sobre la orientación cristológica del culto a la

7. Cf. PABLO VI, Exhortación Apostólica *Marialis Cultus*, Introducción.

8. *Ibíd.*, nn. 24-39.

9. *Ibíd.* n. 25.

Virgen, el Papa Pablo VI añade¹⁰ una llamada para que se conceda el relieve adecuado a la persona y la obra del Espíritu Santo. El Papa exhorta a pastores y teólogos para que profundicen sobre la acción del Espíritu Santo en la historia de la salvación y en su relación con la Virgen María así como su acción sobre la Iglesia.

Hoy día nuestro amor a la Virgen ha de expresarse¹¹ poniendo de relieve el puesto que ella ocupa en la Iglesia y en su Liturgia, que es el más alto y, a la vez, el más próximo a nosotros después de Cristo¹². Una concreción de la enseñanza del Papa consiste en profundizar y vivir la devoción a la Madre a través de su presencia en los textos de los tiempos litúrgicos fuertes y de las fiestas marianas que se celebran a lo largo de todo el año.

Es muy importante vincular la devoción y la piedad popular a la espiritualidad litúrgica. Se trata de ayudar a los fieles a reconocer con mayor facilidad la misión de María en el misterio de la Iglesia y el puesto que ocupa en la comunión de los santos; sentir más intensamente los lazos fraternos que unen a todos los fieles porque son hijos de la Virgen e hijos también de la Iglesia, y a percibir de modo más evidente que la acción de la Iglesia en el mundo es como una prolongación de la solicitud de María.

3. La Encíclica *Redemptoris Mater*

Esta encíclica del Santo Padre Juan Pablo II, fue redactada con ocasión de la fiesta de la Anunciación de la Virgen María al inaugurar el año mariano de 1987. El propósito del año mariano era el de celebrar los 2000 años del nacimiento de la Virgen María y, al mismo tiempo, preparar los 2000 años del nacimiento de Jesucristo. En esta encíclica el Papa va siguiendo la vida de María tal como nos es ofrecida en la Sagrada Escritura¹³.

10. *Ibid.* nn. 26-27.

11. *Ibid.* n. 28.

12. Cf. *LG*, 54.

13. Cf. E. TOURON DEL PIE, *Mariología*, Madrid 1988, pp. 1684-1689.

La primera parte, «María en el misterio de Cristo»¹⁴, sigue el hilo teológico de la fe de María a lo largo de los evangelios de la infancia y del ministerio de Jesús en el evangelio de San Juan. Destaca la singularidad del lugar de María en el misterio de Cristo. María es introducida definitivamente en este misterio a través de la anunciación del ángel, y la *llena de gracia* se convierte en su verdadero nombre. Después, será saludada por Isabel como *benedita entre las mujeres* y también *dichosa tú porque has creído*.

En la anunciación resalta cómo María participa en plenitud de la gracia de Cristo. En la visitación desarrolla la teología de la peregrinación. En la presentación al templo señala la teología del sufrimiento de María a causa de la incomprensión que más adelante tendrá lugar respecto a la misión de su Hijo. Sufrimiento que se pone de manifiesto en la huida a Egipto y que culminará en la cruz.

La vida oculta de Nazaret se presta para ahondar en la fe de María, la creyente. El Papa remarca «la radical novedad de la fe de María». La teología paulina de la vida escondida en Cristo (cf. Col 3, 3) también está reflejada en la vida oculta de María. En las bodas de Caná se pone de manifiesto «el nuevo sentido de la maternidad de María» y su «solicitud por los hombres» en sus necesidades humanas y espirituales. Al pie de la cruz experimenta el cumplimiento de la profecía de Simeón.

«La madre de Dios en el centro de la Iglesia peregrina»¹⁵ es el título de la segunda parte. Se contempla a María como peregrina en la fe y como meta de una Iglesia peregrina. María está presente al inicio de la peregrinación de la Iglesia en Pentecostés. Antecede y pertenece al misterio de esta Iglesia que comienza su andadura en la historia. María es el testigo singular de la infancia de Jesús y de la vida oculta de Nazaret y por eso estaba en el corazón más profundo de la misma Iglesia.

14. Cf. *RM*, nn. 7-24.

15. *Ibid.* nn. 25-37.

María es modelo y signo de esperanza para la unión de las iglesias, «por su obediencia a la fe». Cada cristiano y cada comunidad han de hacer su camino de obediencia de la fe, aun sabiendo que existen discrepancias no menores en la búsqueda de la unidad de la fe.

La tercera parte lleva por título «mediación materna»¹⁶. La mediación materna de María no sólo no disminuye el primado absoluto de la única mediación de Cristo, afirmado por Pablo (1Tm 2, 5-6), sino que lo corrobora. Se recoge la doctrina del Concilio Vaticano II señalando su participación por gracia, su subordinación y dependencia de la única mediación absoluta de Cristo entre Dios, el Padre, y nosotros. «Lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta»¹⁷. La mediación de María es «una mediación en Cristo» con una relevancia extraordinaria debido a su presencia y cooperación en el misterio de Cristo y en el de la Iglesia.

María mantiene una relación personal con los cristianos. De las relaciones personales de las madres con sus hijos, desde su concepción hasta su educación y maduración, que estudia la psicología contemporánea, el Papa extrae una aplicación a las relaciones maternas de María en el orden de la gracia con todos y cada uno de los cristianos.

16. *Ibid.* nn. 38-50.

17. Cf. *LG*, n. 60.

Tres aspectos del misterio de María



Mare de Déu de Puiggraciós

Tres aspectos del misterio de María

4. Madre de Dios y madre nuestra

Madre de Dios

Invocamos a María como Madre de Dios. La maternidad divina es un misterio y un acontecimiento histórico: Jesucristo, Persona Divina, nació de María Virgen, la cual es, en el sentido más pleno, su madre. Se trata del misterio más antiguo y fundamental en lo que concierne a la persona y a la función de María en la Historia de la Salvación. Dios podía hacerse presente de múltiples formas en la historia humana, pero cuando Dios se manifestó en el tiempo, el Padre eterno dispuso que el Verbo se encarnase y se hiciese hombre en el seno de una mujer por la acción del Espíritu Santo. Y esa mujer es María¹⁸.

El título de Madre de Dios es, juntamente con el de Virgen santa, el más antiguo¹⁹ y constituye el fundamento de todos los demás títulos con los que María ha sido venerada y sigue siendo invocada de generación en generación. Numerosos himnos y oraciones de la tradición cristiana hacen referencia al misterio de su maternidad divina, y así lo recoge también el himno a la *Mare de Déu de la Salut* en su comienzo: «Dios te salve, dulce madre», y en su final: «Oh madre nuestra».

18. Cf. MIGUEL PONCE CUELLAR, *María, Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*, Barcelona 2001, pp. 285-323.

19. Cf. CONCILIO DE ÉFESO, (año 431), *Ds*, n. 111.

Las cartas de san Pablo son consideradas como los escritos más antiguos del Nuevo Testamento. Pablo habla una vez del nacimiento del Hijo de Dios de una mujer, ofreciendo así una referencia implícita a la Madre de Jesús²⁰. En la Carta a los Gálatas escribe estas palabras: *Mas, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley y para que recibiéramos la filiación adoptiva (4,4-5)*. No viene mencionado aquí ni siquiera el nombre de Jesús, pero son presentadas las características esenciales de su persona y de su venida. En pocas palabras se encuentran expresados el misterio de la encarnación del Verbo eterno y la maternidad divina: el gran privilegio de María consiste precisamente en ser Madre del Hijo, que es Dios.

«En efecto, aquel que ella concibió como hombre, por obra del Espíritu Santo, y que se ha hecho verdaderamente su Hijo según la carne, no es otro que el Hijo eterno del Padre, la segunda persona de la Santísima Trinidad. La Iglesia confiesa que María es verdaderamente *Madre de Dios*»²¹. Él es el Hijo de Dios, que vive desde la eternidad en comunión con Dios Padre y que, al llegar la plenitud de los tiempos, es enviado al mundo por el Padre. Es dado a luz por una mujer como hombre, acepta todo lo que pertenece a la humanidad. En cuanto miembro del pueblo de Israel, quiere estar sometido a la Ley, pero precisamente la finalidad de su venida al mundo es rescatarnos del poder de la Ley y hacernos hijos de Dios.

Los Evangelios de san Mateo y san Lucas aportan más detalles, pero tampoco pueden decir nada más importante que esto: que María es la Madre del Hijo de Dios: *Mirad: la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Enmanuel que significa 'Dios con nosotros' (Mt 1, 23)*. En el capítulo primero de san Lucas vemos como María es saludada por su prima Isabel como *la madre de mi Señor (1, 43)*.

20. Cf. KLEMENS STOCK, *María, en la Biblia y en los Padres de la Iglesia*, Madrid 2002, pp. 190-198.

21. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 495.

Dios encomienda esta misión a María. Ella corresponde con su fe y su vida. Con este proceder Dios manifiesta que no actúa sin los seres humanos, sino a través de ellos. María tiene un puesto determinado en el plan de salvación de Dios, que envía a su Hijo al mundo para conducir a la plenitud de vida a la humanidad. Como señala el Papa Pablo VI: «El Misterio de Cristo está marcado, por designio divino, de participación humana. Ha querido tener una Madre; ha querido encarnarse mediante el misterio vital de una Señora, de la Señora bendita entre todas»²².

Madre nuestra

María, Madre de Cristo, es también Madre de la Iglesia. Así lo proclamó el Papa Pablo VI el 21 de noviembre de 1964, durante el Concilio Vaticano II culminando la enseñanza doctrinal que el capítulo VIII de la Constitución dogmática *Lumen Gentium* recogía y presentaba sobre la maternidad espiritual de María²³.

Para fundamentar la doctrina sobre la maternidad espiritual de María encontramos varios textos significativos en el Nuevo Testamento. En primer lugar, en el episodio de las bodas de Caná (cf. Jn 2, 1-12) se percibe una «solicitud maternal» de María respecto a aquellos esposos en situación de dificultad y respecto a todos los presentes. Pero el texto que ofrece mayor densidad y fundamento es el que nos presenta a María al pie de la cruz: *Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María la Magdalena. Jesús, al ver a su madre, y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: 'Mujer, ahí tienes a tu hijo'. Luego dijo al discípulo: 'Ahí tienes a tu madre'*. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa (Jn 19, 25-27).

Según el Papa Juan Pablo II, las palabras que Jesús dirige a María y a Juan constituyen una «escena de revelación». Por un

22. SS PABLO VI, AAS, 62 (1970) 300-301.

23. Cf. LG, nn. 60-62.

lado revelan los sentimientos de Cristo en su agonía y a la vez contienen un profundo significado para la fe y la espiritualidad cristiana²⁴. El Señor, poco antes de morir, a través de esas palabras dirigidas a su madre y al discípulo amado, establece unas relaciones nuevas entre María y los cristianos. Más allá de la preocupación de un hijo por la situación en que quedará su madre, la entrega recíproca que hace Jesús constituye el hecho más importante para comprender el papel de la Virgen María en la economía de la salvación.

El encargo principal de Jesús no es confiar su madre a Juan, sino confiar el discípulo a María, asignándole una nueva misión materna. El Santo Padre Benedicto XVI en la misma línea lo recuerda al final de la encíclica *Spe Salvi*²⁵: «Desde la cruz recibiste una nueva misión. A partir de la cruz te convertiste en madre de una manera nueva: madre de todos los que quieren creer en tu Hijo Jesús y seguirlo».

Jesús pronuncia estas palabras en el momento cumbre de su sacrificio redentor, y después afirmará: Todo se ha cumplido (cf. Jn 19, 30). Por lo tanto, son palabras pronunciadas en el marco y en el momento clave de su misión salvífica y por ellas María queda convertida en madre de todos los hombres.

Estas ideas y planteamientos quedan recogidos en la oración más antigua que se conoce dirigida a María, donde se subraya su intercesión materna: «Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios; no desoigas la oración de tus hijos necesitados, antes bien, líbranos siempre de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita»²⁶.

24. Cf. Catequesis de SS. Juan Pablo II, durante la audiencia general del miércoles 23 de abril de 1997.

25. BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Spe Salvi*, n. 50.

26. *Liturgia de las Horas*. Después de completas.

5. Luz del camino

El Papa Benedicto XVI, al final de su encíclica *Spe Salvi*²⁷ al presentar a María como estrella de la esperanza, recuerda un himno latino antiguo —*Ave maris Stella*— con el que la Iglesia saluda a María como estrella del mar. En la antigüedad los marineros se guiaban por las estrellas en la oscuridad de la noche para orientarse hacia el puerto seguro. María es como la estrella del mar que nos guía por las aguas difíciles de la vida hacia el puerto seguro que es Cristo.

Continúa el Papa comparando la vida con un viaje por el mar de la historia. Este viaje no está exento de oscuridades y de dificultades de todo tipo. Y en este viaje necesitamos signos, luces que nos indiquen la ruta. Cristo es la luz del mundo, él es el Salvador. Pero porque Cristo quiere nuestra colaboración, también hay personas que reflejan su luz por la coherencia y santidad de su vida. Y de todas ellas María es la principal estrella en nuestro camino.

María es modelo y guía para vivir a fondo el compromiso, ya sea en el día a día, en los pequeños detalles, como también en las grandes ocasiones, en los grandes desafíos que se nos presenten. Ella también tuvo que recorrer su camino de fe, que no estuvo exento de dificultades²⁸. Recordemos algunos momentos significativos.

La Anunciación a María

El acontecimiento de la encarnación nos adentra a fondo en la historia de la salvación. Es la propuesta de Dios, que abre al ser humano y a la historia humana unas dimensiones infinitas. Tiene lugar en un clima de oración, de silencio y de misterio, y comporta

27. Cf. *Spe Salvi*, n. 49.

28. Cf. BRUNO FORTE, *María, la mujer icono del misterio*, Salamanca 1993; pp. 51-112; MIGUEL PONCE, o.c., pp.81-180; KLEMENS STOCK, o.c., pp. 125-182; Catequesis de su S.S. Juan Pablo II durante la audiencia general, miércoles 6 de mayo de 1998; *Lumen Gentium* c. VIII; *Redemptoris Mater* nn. 7-24; S. CIPRIANO, *Nuevo Diccionario de Mariología*, Madrid 1988, pp. 512-519.

una irrupción poderosa de Dios en la vida de María. El ángel le anuncia un mensaje desconcertante: la propuesta de convertirse en la madre del Mesías.

Ella responde aceptando el plan de Dios y da su consentimiento humilde y generoso. En su respuesta no hay otra seguridad que su confianza en la Palabra de Dios. Ella responde con una fe absoluta en este momento único e irrepetible de la historia de la humanidad. María inicia un camino de fe y de unión con su Hijo que mantendrá hasta el final.

Este momento de la anunciación y los años que seguirán son como una desinstalación, un éxodo, un ponerse en camino, son una experiencia profunda de pobreza, de confianza absoluta en Dios, en totalidad y radicalidad, porque ella ha creído que para Dios, ciertamente, no hay nada imposible. De ahí la felicitación que recibe de su prima Isabel: *¡Feliz tú, que has creído!* (Lc 1, 45). Esta es la primera bienaventuranza que se menciona en el Evangelio.

Jesús en el Templo

Es significativo el episodio en que Jesús, en torno a los doce años, peregrina con José y María a Jerusalén para la celebración de la Pascua y, en lugar de regresar con sus padres a Nazaret, se queda en el Templo sin que ellos se percaten. Cuando María le expresa la angustia y el dolor que han pasado —*hijo, tu padre y yo...*—, él responde de forma no poco misteriosa: *¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre?* El evangelista san Lucas reseña que *ellos no comprendieron lo que les decía* (Cf. Lc, 2, 48-50).

María se da cuenta de que aquel Hijo desborda sus esquemas humanos. Por un lado Jesús vuelve a Nazaret y estará sumiso a sus padres, pero a la vez ellos han descubierto una profunda autonomía en él, una dimensión absolutamente nueva y misteriosa. María no llega a comprender la respuesta de Jesús pero lo guarda todo en su corazón, reflexiona, mantiene su confianza incondicional en Dios, y sigue creciendo en su peregrinación de fe.

La vida pública de Jesús

En la vida pública de Jesús tendrán lugar otras pruebas para la fe de María. Los tres evangelios sinópticos (Cf. Mt 12, 48-50; Mc 3, 31-35; Lc 8, 19-21) muestran una escena en que los parientes de Jesús quieren librarlo de la agitación de las turbas y le hacen llegar el aviso de que desean verle. Él responderá: *Mi Madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen (Lc 8, 19-21)*. El segundo episodio es exclusivo de san Lucas y describe la exclamación sincera de una mujer del pueblo: *Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron*. Pero Jesús responde: *Dichosos más bien los que escuchan la palabra de Dios y la practican (11, 27-28)*.

A primera vista pudiera parecer que Jesús desaira a su familia, especialmente a su Madre. Nada más lejos de la realidad. En los dos casos citados toma distancia respecto a los lazos de la carne y de la sangre pero no los niega. Él presenta una nueva forma de parentesco más elevada y profunda que tiene su raíz en la Palabra de Dios. Lejos de desairar a su Madre lo que está haciendo es exaltar su fe e invitarnos a vivir nuestra fe. A la vez Jesús recuerda la primacía absoluta del Padre celestial.

En las bodas de Caná contemplamos la profundidad de la fe de María. En principio recibe una respuesta de Jesús poco alentadora: *Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora (Jn 2, 4)*. Sin embargo, María no renuncia a su petición, al contrario, desde su fe será capaz de propiciar el primer milagro de Jesús, que se produce gracias a su perseverancia. Más adelante volveremos a esta escena.

La Muerte y la Resurrección

La prueba más dura de la peregrinación de la fe de María tiene lugar en el Calvario. A pesar del sufrimiento, a pesar de que su corazón es traspasado por la espada de dolor tal como le había anunciado el anciano Simeón (cf. Lc 2, 35), al pie de la cruz la fe de María permanece intacta. El drama de la pasión y muerte hizo tambalear la

fe de los discípulos, que quedaron sumidos en el desconcierto. El evangelista san Juan nos relata como María, en cambio, estaba de pie junto a la cruz, firme, en aquel momento tan dramático. Sin duda fue éste el momento más duro en su «peregrinación de fe», pero su fe se mantuvo firme, y su sufrimiento fue de una fecundidad incalculable.

Aunque no está recogido en los relatos evangélicos, no es inverosímil pensar que la primera aparición de Jesús resucitado fue a María, a su Madre. La resurrección fue la confirmación definitiva de la fe de María. La alegría del encuentro del Hijo con la Madre resulta inefable, no hay palabras para explicarlo.

6. Maria, asociada a la obra redentora

Fuente de Salud

Volviendo a la tradición de nuestra patrona, recordamos que la imagen fue encontrada en la Fuente de la Salud por un ermitaño cuando iba a buscar agua. Colocó la imagen en un altar de la ermita dedicada a san Acisclo y santa Victoria. El hallazgo fue interpretado por la población como una gracia especial de la Virgen y, en pocos años, se extendió la devoción a santa María en este lugar y bajo esta advocación tan poética y tan llena de sentido: Maria es la fuente de la Salud porque nos lleva Cristo.

María es invocada como *f fuente de salud*, fuente de salvación, porque nos lleva Jesús, el Salvador del mundo²⁹. Porque es mediadora de todas las gracias³⁰. María, desde el cielo, junto a su Hijo Jesucristo, el único Mediador, intercede maternalmente por todos sus hijos³¹. Ella se convierte en modelo de la mediación y la maternidad de la Iglesia con sus hijos renacidos por el agua y el Espíritu.

29. Cf. Homilía del día de la proclamación, 11 de mayo de 2008, *Boletín del obispado de Terrassa*, n. 5 (2008) III, pp. 207-211.

30. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, nn. 62-64.

31. Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Mater*, nn. 39-44.

De todas formas lo es «mucho más» por su cooperación maternal a la generación y educación de los hijos e hijas de la madre Iglesia.

Todos los textos de la Sagrada Escritura que hacen referencia a María, la presentan en relación con el acontecimiento salvador de Jesucristo³². De entre todos ellos me gustaría abundar en el que relata el milagro que Jesús realiza en Caná de Galilea, porque es muy significativo de esta realidad.

Caná de Galilea (Jn 2, 1-12)

El relato es breve y a la vez sumamente expresivo³³. Se distribuye en tres escenas: María y Jesús; Jesús y los sirvientes; el maestresala y el novio. Todo el relato rezuma solicitud por parte de María. La primera escena, que prepara el milagro, se desarrolla entre Jesús y María. María se hace cargo de la situación y se lo comunica al Hijo haciéndole notar la dificultad de aquella familia y pide que se ponga remedio a una situación embarazosa: *—No tienen vino*. No se trata de una simple información. El contexto es de una situación delicada, y parece como si María esperara una intervención de su Hijo.

La respuesta de Jesús resulta un tanto misteriosa para ella: *¿Qué nos va a ti y a mí, mujer? Todavía no ha llegado mi hora* (2, 4). En el Evangelio de san Juan aquella «hora» significa el acontecimiento pascual, su pasión, muerte y resurrección, el momento que el Padre ha determinado, momento en el que el Hijo realiza su obra y debe ser glorificado (cf. 7, 30; 8, 20; 12, 23. 27; 13, 1; 17, 1; 19, 27). Por otra parte, según algunos autores, Jesús responde elevando el diálogo desde el plano de la necesidad meramente material a un plano de novedad radical y que se refiere a los bienes mesiánicos.

32. Cf. MIGUEL PONCE, o.c., pp.442-446.

33. Cf. RUDOLF SCHNACKENBURG, *El Evangelio según san Juan*, Barcelona 1980, pp. 365-394; JUAN MATEOS-JUAN BARRETO, *El Evangelio de Juan*, Madrid 1982, pp. 142-158.

Ella, lejos de desconcertarse, reacciona con prontitud desde su actitud de fe y de servicio diciendo a los criados: *Haced lo que él os diga* (2, 5). María, expresa una confianza incondicional en su Hijo y con su fe, desencadena un proceso que culminará en el milagro. Los criados obedecerán las indicaciones de Jesús, y se produce el signo milagroso. Y así, se manifiesta la gloria de Jesús, y se confirma la fe de sus discípulos en él. En este episodio María se ha dirigido a Jesús, y se ha dirigido a los servidores. Con una fe humilde y sin condiciones se dirige al Hijo y orienta a los demás hacia el Hijo.

Las enseñanzas de este texto son muy claras: En primer lugar, podemos señalar una intención cristológica, un sentido cristológico³⁴. Este sentido se centra en la manifestación mesiánica de Cristo: Fue el primer signo realizado por Jesús. *Así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él* (2, 11). En el evangelio de san Juan, con esta epifanía y la fe que acepta el signo, comienza el tiempo de la Nueva Alianza. Esta revelación se lleva a cabo en un contexto nupcial y con la simbología del vino nuevo. Este símbolo se utiliza en el Antiguo Testamento como uno de los elementos más significativos del banquete escatológico para indicar los bienes mesiánicos. En este sentido, «las bodas de Caná anticipan como signo el acontecimiento pascual como acontecimiento de alianza nupcial, que es cumplimiento y superación de la alianza del Sinaí»³⁵.

Misión maternal

También encontramos en el texto un sentido mariológico que se engarza en el simbolismo cristológico. La intervención de María no se puede considerar un hecho aislado, sino que hay que situarla en toda su perspectiva simbólica y en el contexto de la historia de la salvación. María está presente en las bodas de

34. Cf. BRUNO FORTE, *María, la mujer icono del misterio*, Salamanca 1993, pp. 96-106; MIGUEL PONCE, o.c., pp.161-166.

35. BRUNO FORTE, o.c., p. 99.

Caná de Galilea, y propicia con su intercesión el primer milagro de Jesús (cf. Jn 2, 1-12).

Este episodio es como un icono de la solicitud maternal de María, sensible a la necesidad de aquellos novios y sensible a las necesidades de sus hijos en todo tiempo. Este relato muestra la eficacia de su intercesión ante su Hijo. El doble diálogo con Jesús y con los criados forma parte de la misión de María y tiene su continuidad desde el cielo³⁶. María será en la Iglesia peregrina la que presenta al Hijo las necesidades de los otros hijos y orienta a estos hijos nuevos al encuentro con Cristo y al seguimiento fiel. Así lo ha vivido el pueblo cristiano desde los inicios de la Iglesia, confiando en su mediación y acudiendo a ella en la oración.

También los documentos magisteriales de la Iglesia recogen esta vivencia. Fijémonos en este texto del Papa Pablo VI: «La misión maternal encomendada a María invita constantemente al Pueblo de Dios a dirigirse con filial confianza a aquella que está siempre dispuesta a acoger sus oraciones con amor de Madre y con eficaz ayuda de auxiliadora. Por eso el Pueblo de Dios la invoca como ‘consoladora de los afligidos’, ‘salud de los enfermos’ y ‘refugio de los pecadores’, para obtener consuelo en la tribulación, alivio en la enfermedad y fuerza liberadora en el pecado»³⁷.

En la oración de la Iglesia, concretamente en las letanías del Rosario, la invocamos como «consuelo de los afligidos» y «auxilio de los cristianos». Al igual que intercedió para ayudar a aquellos novios en Caná de Galilea, sigue intercediendo por todos sus hijos a lo largo de la historia. Es la madre cercana y atenta a nuestras necesidades que nos trae a Cristo, fuente de salvación, y que nos conduce a Él.

36. Cf. RENÉ LAURENTIN, *La Verge en el Concilio*, Barcelona 1968, p. 147 ss.

37. PABLO VI, Exhortación Apostólica *Marialis Cultus*, n. 57.

Tres actitudes para la vida cristiana



Mare de Déu del Remei
de Palautordera.

Tres actitudes para la vida cristiana

7. Firmeza en la fe

En la Sagrada Escritura la fe es la respuesta integral del ser humano a Dios que se revela como salvador. El Antiguo Testamento insiste en el aspecto de la confianza en Dios, mientras que el Nuevo Testamento destaca más bien el asentimiento al mensaje revelado³⁸.

La carta a los Hebreos contiene una definición de la fe: *La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven (11, 1)*. Esta definición no sólo concibe la fe como apertura de la mente al don de Dios, sino también como la presencia anticipada de ese don en nuestra vida. Y, al ser presencia, es encuentro entre Dios y el ser humano, en el que Dios toma la iniciativa, al tiempo que pide la libre cooperación humana.

Obediencia de la fe

La Virgen María realiza de la manera más perfecta la obediencia de la fe³⁹. En la fe, acoge el anuncio del ángel y da una respuesta confiada al plan de Dios. Por medio de la fe se confía a Dios sin reservas y se consagra totalmente a la persona y a la obra de su

38. Cf. G: LANGEVIN, *Fe*, en *Diccionario de Teología Fundamental*, pp.472 ss, Madrid 1992.

39. Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Mater*, nn. 8-19; BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Spe Salvi*, n. 50; Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 148-149. 494.

Hijo. Isabel la saluda llamándola dichosa y bienaventurada por haber creído. Las palabras de Isabel se aplican a aquel momento culminante de la anunciación, y a todo el camino de fe de María.

Según el Papa Juan Pablo II «creer quiere decir ‘abandonarse’ en la verdad misma de la palabra del Dios viviente, sabiendo y reconociendo humildemente ‘¡cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos!’ (Rm 11, 33)»⁴⁰.

La obediencia de la fe de María alcanza su culminación en el Calvario (cf. Jn 19, 25). Ella se une al sacrificio de su Hijo, y mantiene fielmente la unión con Él. En esos momentos de dolor, se abandona sin reservas a la voluntad de Dios. «A los pies de la Cruz María participa por medio de la fe en el desconcertante misterio de este despojamiento. Por medio de la fe la Madre participa en la muerte del Hijo, en su muerte redentora»⁴¹.

María nos enseña a asumir las pruebas y dificultades que están presentes en el itinerario de la fe. Pero la fe madura en la prueba y en el sufrimiento. La carta a los Hebreos nos recuerda que: *También nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe (Hb 12, 1-2).*

Fortaleza en el testimonio

María permanece firme junto a la cruz de Jesús, en pie, con una dignidad y fortaleza extraordinarias, en un momento de inmenso dolor. La fe de María, que a lo largo de toda su existencia se fue robusteciendo, la hace permanecer firme hasta el final.

En el momento presente, tanto a nivel personal como comunitario y diocesano, es preciso que tengamos una fe adulta, que como

40. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Mater*, n.14.

41. *Ibid.*, n. 18.

María vivamos una espiritualidad que integre la fe y la vida y que tengamos fortaleza y decisión a la hora de dar testimonio de nuestra fe en Cristo.

En el libro de los *Hechos de los Apóstoles* se describe que Pedro, Juan y los demás apóstoles *predicaban la Palabra de Dios con valentía* (4, 31). Y más tarde se afirmará lo mismo de Pablo⁴². Después de su conversión, llega a Jerusalén, y junto a los demás apóstoles predica valientemente en el nombre del Señor (Cf. Hechos 9, 26-28).

La palabra griega utilizada en estos textos es «parresía», que se traduce como «predicar con valentía». El significado de esta palabra se refiere sobre todo a la libertad en el hablar, con valentía y sin ambigüedades. Ésta es una característica esencial en la misión evangelizadora que nos ayuda a comprender la misión de la Iglesia y de cada cristiano: hablar con coraje, con libertad y sin temor.

Este concepto —y esta actitud— tiene una particular importancia en la actualidad. La persona que tiene «parresía» es audaz en su relación con los demás y en medio de su ambiente; se expresa con valor y libertad de espíritu; se entrega generosamente al servicio de la verdad y el bien, sin buscar ni el propio interés ni el prestigio personal.

Unidad de vida⁴³

Esta vida de fe se caracteriza por la unidad, por la coherencia, por la síntesis e integración de diferentes aspectos y perspectivas tal como la Virgen María lo vivió.

En primer lugar vivir intensamente la fe-esperanza-amor. Para ello es necesaria la unión con Cristo, que se alimenta fundamentalmen-

42. Cf. JOSEP ÀNGEL SAIZ MENESES, *Valentía a la hora de dar testimonio de Cristo*, Carta dominical del 17 de agosto de 2008.

43. Cf. CEE, *Jóvenes en la Iglesia, cristianos en el mundo en el tercer milenio*. Madrid 2007, pp. 60-62.

te de la Eucaristía; unión con Cristo a través del sacramento de la reconciliación, en que recibimos el abrazo del Padre que perdona, que siempre espera, que nos ayuda a superar los obstáculos de la vida; unión con Cristo a través de la oración y del encuentro personal con Él, avivando la conciencia de la presencia de Dios en nuestra vida; unión con Cristo a la luz de la Palabra de Dios, que ilumina, interpela, y transforma.

En segundo lugar, la formación, siempre necesaria para conocer a Dios, conocerse a sí mismo, conocer el ambiente que nos rodea: se trata de profundizar en la fe, de dar razón de la esperanza, teniendo en cuenta la vocación a la que hemos sido llamados, en la que hemos de buscar la excelencia.

En tercer lugar, la acción. Una acción apostólica que deriva de la misma naturaleza del ser cristiano, consecuencia del bautismo y la confirmación, consecuencia de la misión evangelizadora. Todo cristiano está llamado a colaborar en la construcción del Reino de Dios y a fermentar evangélicamente los ambientes a través del testimonio de palabra y de una vida coherente con el Evangelio.

8. Constancia en el amor y en el servicio

Un servicio singular

María nos da ejemplo de una existencia llena de amor y de servicio. Es llamada por Dios a prestar un servicio singular: ser la Madre del Mesías, hacer llegar al mundo, a través de su maternidad, a aquel por el que Dios da la plenitud de la vida eterna⁴⁴. Éste es su servicio materno.

María se define como la esclava del Señor⁴⁵. Así responde al anuncio del ángel: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según*

44. Cf. KLEMENS STOCK; o.c., pp. 134-136. 205-216.

45. Cf. JUAN PABLO II, Audiencia general del miércoles 4 de septiembre de 1996.

tu palabra (Lc 1, 38). El sentido bíblico del término «esclava» no significa negación de la propia personalidad, ni de la iniciativa, sino que se refiere a la experiencia profunda de fe en la que Dios se muestra todopoderoso y el ser humano se entrega con confianza a él aceptando sus designios.

La respuesta de María: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra (Lc 1, 38)* está en sintonía con lo que Cristo afirmará también de sí mismo: *El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos (Mc 10, 45; cf. Mt 20, 28)*. Jesucristo es el *Siervo sufriente*, que dará su vida en rescate por los pecados del pueblo (cf. Is 42-53).

La vida de María se resume en una entrega total de servicio a los designios de Dios y, a la vez, vive también la actitud de servicio al prójimo. Pero para poder captar la grandeza y la profundidad del servicio que María presta en la historia de la salvación, hemos de iluminar su figura desde la vinculación con Cristo, su Hijo. La obediencia y la docilidad de María están en línea con lo que será una constante en la vida de Jesús: *Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra» (Jn 4, 34)*. Es esta misma línea la que seguirá María asumiendo como principio unificador de toda su vida el cumplimiento de la voluntad de Dios. El servicio materno de María se ilumina desde el servicio redentor de Jesucristo.

En la última cena, según nos relata el evangelista san Juan, Jesús lava los pies a los apóstoles. Con este gesto les da un ejemplo de servicio y les propone una actitud de servicio, y les revela que éste es un rasgo esencial de su misión: *Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve (Lc 22, 27)*. Este gesto es un signo, un anticipo del gran servicio que Jesús hará a toda la humanidad: dar su vida en la cruz para la redención de todos.

El lavatorio de los pies viene a ser un acto profético simbólico⁴⁶, que en la muerte en cruz y en la resurrección encuentra su clave de lectura y su explicitación máxima, en definitiva, su cumplimiento. Para nosotros la participación en la Eucaristía es generadora de amor a Dios y amor fraterno, especialmente a los más necesitados, y eso tanto a nivel personal como a nivel comunitario. La entrega de Cristo hasta el extremo es el único paradigma, la única referencia válida para sus discípulos.

Servicio materno de María

Así pues, solamente podemos ser verdaderos discípulos de Cristo si hacemos del servicio a Dios y a los demás el eje central de nuestra existencia. El servicio materno de María consiste en vivir la actitud de sierva aceptando el plan de Dios y ofreciendo totalmente su existencia a través de una unión progresiva y perfecta con su Hijo, Jesucristo, desarrollando su maternidad espiritual sobre los discípulos y su función mediadora.

Nosotros somos los discípulos de Cristo, el Siervo de Yahvé que nos ha redimido, somos los hijos de María, la esclava del Señor. Tanto a nivel comunitario e institucional como a nivel personal no podemos vivir el seguimiento de Cristo sin hacer de la actitud y de la práctica del servicio uno de nuestros fundamentos.

El cristianismo es mucho más que un conjunto de doctrinas, de normas y de valores. La vida cristiana es ante todo un don: Dios nos ama infinitamente, nos llena de su amor y produce en nosotros una vida nueva. Desde ahí podemos entender el mandamiento nuevo que Jesús da a sus discípulos: *Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros (Jn 13, 34).*

46. Cf. BENEDICTO XVI, *Homilia in Coena Domini*, 2008.

El servicio como acción comunitaria

En la segunda parte de la encíclica *Deus caritas est*⁴⁷, el Papa Benedicto XVI aborda la cuestión de la solidaridad y la ayuda al prójimo como forma de amor. Muestra cómo el amor que viene de Dios debe manifestarse en un nivel personal, de cada creyente, y también como acto de la comunidad. Si es realmente verdad que la Iglesia es expresión del amor de Dios, del amor que Dios tiene por la criatura humana, también debe ser verdad que el acto fundamental de la fe genera un acto eclesial.

La Iglesia ha de ser comunidad de amor. La caridad es tarea de la Iglesia y la caridad de la Iglesia es una manifestación del amor de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Según el Papa, ese amor, que llamamos *caritas*, no es una mera organización de ayuda al necesitado, sino que se trata de la expresión necesaria del acto más profundo de amor personal con el que Dios nos ha creado, suscitando en nuestro corazón la inclinación a amar.

La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple misión: anuncio de la Palabra de Dios, celebración de los sacramentos y servicio de la caridad. Son tareas que no se pueden separar. El amor hacia los pobres y las acciones consecuentes para remediar sus necesidades no consiste en una acción de suplencia o sustitución debido a las carencias de los servicios públicos. Se trata de algo esencial para la Iglesia, forma parte de su naturaleza tanto como la acción evangelizadora o el servicio de los Sacramentos. La actividad caritativa de la Iglesia se ha de fundamentar en la competencia profesional, y también en la vivencia de la fe, en la experiencia de un encuentro personal con Cristo.

47. Cf. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, nn. 19-29.

9. Casa y escuela de comunión

María en la Iglesia naciente

No disponemos de muchos datos sobre la vida de María y su función en la primera comunidad cristiana. El libro de los *Hechos de los apóstoles* describe cómo después de la Ascensión del Señor, antes del día de Pentecostés, los Apóstoles *perseveraban unánimemente en la oración con las mujeres, y María la Madre de Jesús y los hermanos de éste (Hechos 1, 14)*. Si nos fijamos bien en este texto⁴⁸, descubrimos fundamentalmente dos elementos. Por un lado la oración en la que perseveran todos, y en segundo lugar la indicación concreta de los diferentes miembros que componen la comunidad cristiana.

¿Cuál es la función de María en esta escena? El Concilio Vaticano II⁴⁹ subraya la presencia de María en el cenáculo en oración, implorando el don del Espíritu Santo. Ella, que en la Anunciación había sido cubierta con su sombra, ahora invoca el don del Espíritu Santo y ayuda a los que la acompañan para que lo puedan recibir adecuadamente.

El título de Madre de Jesús recuerda la relación con su Hijo durante su vida terrena y también nos sitúa en su misión de madre de los discípulos, madre de la Iglesia. El título de Madre indica su cooperación en la formación de la Iglesia primitiva. En el cenáculo se halla presente y ejerce sus funciones de madre de la Iglesia desde el principio, manteniendo unánimes a los apóstoles.

María guardaba las cosas de Jesús en su corazón y las meditaba (cf. Lc 2, 19). En la Iglesia naciente, en aquella primera comunidad, ella entregará a los discípulos todos sus recuerdos sobre la vida de Jesús. El testimonio de María es fundamental e insustituible. La esce-

48. Cf. M. PONCE, o.c. pp.140-144.

49. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, n 59.

na del cenáculo nos sugiere también la función de María como Madre y maestra de unidad, enseñando a los discípulos a vivir en comunión con Dios y en comunión fraterna.

La Iglesia, misterio de comunión

La Iglesia es misterio de comunión⁵⁰. La comunión es una realidad profunda que se manifiesta en la vida de toda la comunidad eclesial y en la vida de cada fiel. Misterio de la unión personal de cada ser humano con la Santísima Trinidad y con las demás personas. Una unión que se inicia por la fe, que se vive en la Iglesia peregrina y que se orienta a la plenitud en la Iglesia celeste.

La comunión tiene una doble dimensión: vertical y horizontal, comunión con Dios y comunión entre los hombres. Comunión con el Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo. La Iglesia, peregrina aquí en la tierra, ha de vivir la comunión con Dios y también la comunión de los fieles entre sí, participando de la vida divina y formando la familia de los hijos de Dios. Esta comunión comporta una nueva relación entre el ser humano y Dios, establecida en Cristo y comunicada en los sacramentos, que genera también una nueva relación de los hombres entre sí.

El bautismo es la puerta, la incorporación a la Iglesia, y por tanto, a la comunión eclesial. La Eucaristía es la raíz, el centro, la fuente de la comunión eclesial entre los fieles porque une a cada uno de ellos con el mismo Cristo. La Iglesia de Cristo es la Iglesia universal, es la congregación universal de los fieles que preside el Obispo de Roma, y también es esa congregación agrupada en Iglesias locales que a su vez son presididas por los obispos, en comunión con el Obispo de Roma. En las Iglesias locales se hace presente la Iglesia universal

50. Cf. CONGREGACION PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como Comunión*, Roma 1992; RICARDO BLAZQUEZ, *Eclesiológia de comunión*, en *El legado espiritual del Vaticano II, visto por el Sínodo*, Salamanca 1987, pp. 135-158.

con todos sus elementos esenciales y cada una de ellas es «una porción del Pueblo de Dios que se confía al Obispo para ser apacentada con la cooperación de sus sacerdotes»⁵¹.

El Espíritu Santo, principio de unidad

El Espíritu Santo es el principio de unidad y de diversidad. El Espíritu Santo une a los creyentes con Cristo y los une entre sí. Unifica a la Iglesia en comunión y ministerio, la renueva incesantemente, la provee con dones diversos tanto jerárquicos como carismáticos⁵². El Romano Pontífice en la Iglesia universal, cada Obispo en la Iglesia particular, y en definitiva, cada miembro de la Iglesia, todos estamos llamados a construir y preservar la unidad.

La vivencia de la unidad, de la comunión eclesial, no significa un reduccionismo que limite la vida y el dinamismo evangelizador. La comunión eclesial no significa una uniformidad que no integre las características propias de las personas, grupos y pueblos que forman parte de ella. San Pablo lo recuerda: *Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo*» (1 Co 12, 4). Puesto que el Espíritu es el mismo, la diversidad de los carismas no debe provocar divisiones, al contrario, supone un enriquecimiento y una complementariedad dentro de una unidad orgánica y dinámica en la que todos los dones del Espíritu son importantes para la vitalidad del conjunto.

La Virgen María es modelo de la comunión eclesial en la fe, en la caridad y en la unión con Cristo, y es consuelo y esperanza en el difícil trabajo por la unidad, de modo que tanto los cristianos, los creyentes de otras religiones, y todos los hombres y mujeres de buena voluntad, podamos llegar a formar un solo Pueblo de Dios⁵³.

51. Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Christus Dominus*, n. 11.

52. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, n. 4.

53. *Ibíd.*, nn. 63.69.

El camino hacia la unidad

El Concilio Vaticano II, conducido por los pontífices Juan XXIII y Pablo VI, asume el movimiento ecuménico como camino de la Iglesia, como algo que forma parte de su propia vida y de su actividad pastoral. Basta recordar las constituciones *Lumen Gentium* y *Gaudium et Spes*, el Decreto *Unitatis Redintegratio* y la Declaración *Nostra Aetate*. Se trata de dialogar y buscar la unidad en el interior de la Iglesia, con los otros cristianos, con los que creen en Dios, y con todo ser humano que esté dispuesto a dialogar.

Más tarde, el Santo Padre Juan Pablo II continuó este camino de diálogo interconfesional e interreligioso. Para la historia queda el encuentro con los líderes religiosos de todo el mundo en Asís en 1986 o la apertura de la Puerta santa el día 18 de enero del año 2000, conjuntamente con el Primado anglicano y con el Metropolitano del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla.

En continuidad con sus predecesores, Benedicto XVI se sitúa y sitúa a la Iglesia en diálogo con la cultura, con la ciencia, con el mundo de la política o del arte, en diálogo con todo y con todos. Así lo ha manifestado en las Jornadas Mundiales de la Juventud de Colonia y de Sydney. También a través de diferentes iniciativas de diálogo en las que ha exhortado al trabajo común para que la religión sea factor de paz y de unidad.

La unidad es la condición indispensable para el anuncio del Evangelio de Jesucristo, para nuestra acción pastoral, para el futuro de la evangelización. Si no vivimos la unidad, no podemos ser creíbles en la presentación del mensaje cristiano. Desde este convencimiento, desde esta vivencia profunda, hemos de hacer de cada parroquia, de cada comunidad cristiana, de cada comunidad religiosa, de la diócesis entera, una casa y una escuela de comunión. Tendremos que tender puentes a los hermanos que pertenecen a las otras confesiones cristianas, y también a los hermanos de otras religiones, y a todo ser humano de buena voluntad.

Exhortación final

En el comienzo de la carta expresaba mi deseo de que a lo largo de este curso reflexionemos sobre la figura de María, su misión y su significado en la Historia de la Salvación y en la historia de la Iglesia, y de que esta reflexión nos ayude a valorar su importancia en la vida cristiana y en nuestra espiritualidad.

A través del estudio, la reflexión y la oración podemos contemplar especialmente la cooperación de María en la obra de la salvación, su maternidad divina, su maternidad espiritual sobre los creyentes; su ejemplaridad en el camino de la vida, en el camino de la fe, en el que nos guía como estrella luminosa; su quehacer de madre que congrega a la familia en la concordia, en la unidad.

Pido a Dios que estas reflexiones nos ayuden en la vida de fe y en la acción pastoral. Y le pido que nuestra oración, nuestra formación, nuestro trabajo pastoral estén inspirados en el canto del *Magnificat*, que expresa la alegría en Dios Salvador. María ha experimentado la grandeza de Dios, y cómo Dios ha mirado la pequeñez de su sierva. Ha experimentado el amor de Dios y las maravillas que quiere realizar a través de ella, porque para Dios no hay nada imposible.

Que el Señor nos conceda vivir y proclamar nuestro propio *Magnificat*, desde la conciencia de nuestra pobreza y pequeñez, desde el gozo inefable de la experiencia de su amor infinito. Con esa alegría ponemos nuestra vida y la vida de nuestra diócesis en manos de Dios, e invocamos a la Madre diciendo:

Dios te salve, dulce Madre.
Madre de Dios y Madre nuestra.
Con tu "sí" al anuncio del ángel,
engendraste al Hijo de Dios hecho hombre,
Jesucristo, fuente de la salvación.
Llena de fortaleza al pie de la cruz,
recibiste una nueva misión,
convirtiéndote en Madre de los creyentes.
Ruega por nosotros para que alcancemos
la plenitud de la fe, la esperanza y el amor.

En la vida eres la Estrella luminosa.
Tú, que cumpliste la voluntad del Padre,
avanzaste en el camino de la fe,
al lado de tu Hijo, signo de contradicción,
diligente con tu prima Isabel,
solícita en las bodas de Caná,
sé luz en nuestro camino,
guía en nuestras oscuridades y desalientos,
estrella que oriente nuestra singladura
hasta que lleguemos al gozo eterno.

Oh Madre nuestra, fuente de salud,
mediadora de todas las gracias,
Tú que congregaste a los discípulos
en la espera del don del Espíritu Santo,
enséñanos a vivir en la Iglesia de Cristo,
que peregrina en la diócesis de Terrassa.
Intercede por nosotros, hijos tuyos,
para que, en comunión de fe y de caridad,
anunciemos la Buena Nueva del Evangelio
y seamos en el mundo testigos de Cristo nuestro Señor.
Amén.

Terrassa, 30 de noviembre de 2008. Primer Domingo de Adviento.

+ JOSEP ÀNGEL SAIZ MENESES,
Obispo de Terrassa

